

María Eugenia Martínez\*

## Mi vejez y los azares de la vida



Creo que llegué a vieja por esos azares de la vida. Con sesenta y tantos años vivir en un país en guerra permanente es una casualidad. Llegar a vieja, poder recordar aquellos momentos próximos a la muerte social y dar algunos rodeos es una oportunidad que brinda este número de la revista *En Otras Palabras*, y la voy a aprovechar para hacer catarsis.

Cuando se van a cumplir siete décadas ya se ha recorrido el 90% del ciclo vital, si se tiene en cuenta que la expectativa de vida al nacer actualmente en Colombia es de setenta y cinco años, inclusive para las mujeres, quienes disponemos de tres más que los hombres. Tal vez es porque estamos más familiarizadas con la ética y los cuidados de la vida. Y éstos sí que son útiles para hacer frente a los achaques y a las enfermedades crónicas de la tercera edad, si se acepta la ancianidad. Recalco, si se acepta, porque al observar a muchas mujeres de mi edad es frecuente captar la negación de las huellas del tiempo. Unas acuden a estiramientos de piel o al botox que les transforman las expresiones faciales. Ni qué decir de los tintes mensuales de cabello para ocultar las canas, una de las prácticas más comunes. Otras siguen haciendo más de lo mismo con esfuerzos sobrehumanos y se lamentan por las limitaciones físicas inevitables. No

faltan quienes niegan la edad o se avergüenzan de haber pasado los cincuenta. Tengo una amiga que ha cumplido cinco veces setenta años, allí se quedó. Y tan lindas que son las expresiones: VIEJA, ANCIANA, BRUJA; a mí me gustan, me parece que conllevan poderes ocultos y me suscitan ideas recónditas.

Considero que el paso de la adultez a la vejez requiere de un proceso de adaptación similar al de la niñez a la juventud, o de ésta a la adultez. Y la adaptación requiere indagar por salidas hábiles y posibles a los nuevos retos que plantea esta etapa del ciclo vital.

En este período se tienen múltiples recuerdos, ya que se cuenta con más tiempo pasado y con menos por venir. Es un momento para revivir el ayer; eso si tomamos nuestro tiempo, si reconocemos que ya podemos dejar de lado las múltiples responsabilidades de las adultas y dejamos de hacer más de lo mismo como estudiar, trabajar, criar o administrar casa y si nos refugiamos en el silencio de la soledad, en el encuentro con una misma, lejos del bullicio institucional. Igualmente, algunas utopías se reconocen como imposibles de realizar, aunque podamos seguir soñando, pero indudablemente los ideales que añoramos ya serán difíciles de constatar.

\* Trabajadora Social.

Escribo desde una posición privilegiada, pues estar jubilada, contar con los excelentes servicios de Unisalud, gozar de vivienda, vivir bien acompañada con la familia y las amistades es condición de muy pocas mujeres en la ciudad y en el país. La mayoría de las viejas tienen que continuar trabajando para subsistir y contribuir a la manutención de sus descendientes con el precario auxilio de la vejez; unas son maltratadas, otras abandonadas.

Creo que vivimos en una cultura enferma, donde predominan los valores del enfrentamiento violento y la muerte. Según estudios del Ministerio de Salud, realizados en la década de los noventa, el 95% de la población tenía un síntoma de alguna enfermedad mental. De solo pensar en el conflicto armado empiezo a sentir rabia, angustia, desasosiego y hasta tembladera. En algunas ocasiones se le puede hacer el quite a la industria de la muerte, o sea a aquellos grupos armados formales o no, que utilizan las armas para dirimir sus problemas y realizar sus propios intereses, argumentando el bien común. Son pocos los hombres, no son más de dos millones entre cincuenta millones de habitantes, que se arman para defender o para llegar al poder, pero hacen un estruendoso ruido y siembran el pánico en la sociedad, lo que es difícil de eludir. Es posible que no caiga una bala directamente en nuestro cuerpo pero es imposible evitar las consecuencias en la salud mental y emocional. En ese ambiente, la depresión severa reactiva se convierte en epidemia y a las mujeres nos afecta con mayor frecuencia. La depresión es nada menos que la obsesión con la muerte, con el desánimo de vivir, con el bloqueo de la mente para pensar, recordar y sentir. De ésta no escapé y me tocó acudir a la jubilación por invalidez a una temprana edad. Pasé seis meses en posición fetal, perdida, ida, como en un hueco oscuro. Invertí seis años en un proceso de tratamiento terapéutico para tratar de reencontrar el sentido de la vida. Esa fuerza

asesinada por la lógica y las prácticas armamentistas, esa bala que penetró en mi cerebro.

¿Cómo no sentir desánimo si los triunfadores y violentos pretenden imponer su voluntad y sus intereses al resto de la humanidad, tratan que los demás hagan lo que ellos quieren; anulan los deseos de los demás, los esclavizan y someten? Y para eso arman sus ejércitos y exigen a un puñado de jóvenes para practicar la violencia. A ellos se les denomina héroes, es decir, personajes eminentes con rasgos sobrehumanos idealizados que llevan a cabo hazañas extraordinarias y beneficiosas y por ende merecen respeto, veneración y admiración. De ellos habla la historia hasta la saciedad.

En la Universidad Nacional se vivía en constante zozobra. Recuerdo que una mañana, una compañera estaba trabajando en su oficina en el cuarto piso y le cayó una bala perdida en su escritorio, afortunadamente ella estaba enderezada. Quedó lívida y transfigurada. Por supuesto entramos en pánico y medio paralizadas dejamos de laborar. Nunca supimos de donde vino.

Si se llegaba temprano al campo universitario y se veía a los encapuchados cargando talegos que guardaban en caletas, era seguro que al medio día había pedrea, por lo cual era preciso salir temprano. De lo contrario tocaba buscar caminos y salidas haciéndole el quite al estrépito de la guerra. Búsqueda que se tornó más difícil con la instalación de la malla alrededor del predio, pues esta tan solo nos dejó tres puertas de escape.

Un día entró la policía y lanzó gases lacrimógenos al interior del edificio. Todos nos aglomeramos tosiendo en las escaleras buscando la salida y los policías estaban encañonando las puertas con fusiles. Tres profesoras estábamos embarazadas; entre el caos se nos ocurrió sacar un pañuelo blanco, mostrar nuestras barrigas y salir

del edificio para pedir que nos dejaran evacuar. Temblando de miedo y con algo de asfixia nos dejaron subir a un carro que se desplazó entre humo y piedras. A cinco cuerdas de la universidad ya no había enfrentamiento y la gente se movilizaba diligentemente.

En otra ocasión, también embarazada, caminaba con una estudiante por la plaza central y apareció la caballería persiguiendo a muchachos que se cubrían la cara con trapos. Lo único que se me ocurrió fue proteger al bebé en una columna y gritar que no me maltrataran. Me logré librar de los golpes pero no del pánico. A la estudiante le dieron bolillo, quedó con muchos moretones y diez días de incapacidad. Esa era la cotidianidad en la universidad, en ese ambiente de zozobra se trabajaba. Era corriente estar en reunión o en clase y escuchar el estallido de los petardos. Simplemente, se alzaban los hombros, se miraba a lo lejos y se continuaba como si nada estuviera sucediendo, pero a la larga la huella va quedando.

Lo que me pregunto es: ¿cuál es el sentido y la utilidad de esos enfrentamientos estridentes? De allí nunca escuché propuestas de bienestar estudiantil, reforma universitaria, o sugerencias de políticas de investigación. En ese contexto el diálogo es imposible, es negado. Los agentes involucrados son clandestinos, bien sea porque conspiran, bien sea porque espían. Se acercan a docentes y estudiantes para invitarlos a la adhesión. El caso es que la causa es bastante difusa y para nada convincente. No entiendo cómo esas prácticas continúan reproduciéndose década tras década.

Sin embargo, la universidad sigue y seguirá siendo el principal recinto para el diálogo ilustrado, para la comunicación interdisciplinaria sustentada, para la exposición y la escucha de argumentos y para la formulación de interrogantes. Tuve la fortuna de vivir y trabajar intensamente

en la universidad durante veinticinco años. Los años setenta, en pleno fulgor del movimiento estudiantil; los ochenta en el proceso de reforma universitaria y configuración de grupos interdisciplinarios para pensar cuestiones de interés para el país; y los noventa del fin de siglo, cuando se consolidó, al menos como discurso, la política de investigación científica.

En los setenta, se debatían ideas revolucionarias, de cambio social, se ventilaban utopías. Asistí a múltiples asambleas estudiantiles y profesoras, iba a reuniones de grupos socialistas, liberales, anarquistas. En fin, la libre expresión campeaba. Las teorías críticas al orden establecido invitaban a pensar y a indagar por nuevas relaciones sociales. La locuacidad de algunos líderes era impresionante, aunque ahora pienso que sus discursos no variaban el estilo de los sermones eclesiásticos y mesiánicos. Por tanto llevaban a la sobrecarga y repetición de ideas, de interpretación de textos, tal vez ya no de las sagradas escrituras, pero sí de textos marxistas-leninistas. No faltaban las propuestas de vinculación a los grupos armados con la intención de conquistar el poder por la vía de las armas para hacer la revolución y tumbar el sistema.

En los años ochenta se conformaron múltiples grupos interdisciplinarios en la Universidad Nacional, entre éstos creamos, en la Facultad de Ciencias Humanas el Grupo Mujer y Sociedad que respondió a muchos de los sueños de estudiar e investigar la cuestión de las mujeres y elaborar nuestros propios discursos. El grupo se convirtió en un nicho propio donde predomina el diálogo y la búsqueda del reconocimiento de los derechos de las mujeres por la vía pacífica, como ha sido la historia del movimiento feminista, por más de un siglo. De allí surgió la idea de concebir el proyecto de Estudios de Mujeres, Desarrollo y Género, hoy convertido en la Escuela de Estudios de Género. A ese sueño le apunté

y lamentablemente las secuelas de la cultura enferma no me dejaron trabajar para contribuir a consolidarlo. Pero, actualmente, pude constatar que el tema se ha abierto espacio en la universidad. El centro de documentación alberga más de cinco mil títulos y la biblioteca digital feminista cuenta con mil quinientos textos no solo elaborados en la Escuela de Estudios de Género sino en otras unidades académicas como en las Facultades de Medicina, Enfermería y Artes, y en los Departamentos de Historia, Antropología, Literatura, Sociología, entre otros. También se cuenta con doscientas tesis de maestría. Cuando iniciamos, acudíamos a la lectura de algunos textos de académicas feministas europeas que llegaban a nuestras manos y tan solo contábamos con nuestras bibliotecas personales.

Desde que tengo memoria, he oído hablar de revueltas por asesinatos de líderes políticos y democráticos que plantean la defensa de los derechos humanos y siembran ilusiones sobre la justicia social. Aclaro, pocas veces mencionan la promoción de los derechos de las mujeres. Para que nos tengan en cuenta es preciso organizarnos, sugerirles que existimos, que somos diferentes y hasta escribirles los discursos sobre la cuestión femenina. Algunos han considerado el tema en tiempos de campaña, creo que con un móvil más electoral que por convicción. Pasan las elecciones y el tema se olvida. A algunos de ellos los han asesinado; menciono a Galán, el día que lo mataron perdí la memoria y duré tres días sin saber dónde me encontraba. Cuando ultimaron a Jaramillo, yo estaba coordinando una reunión con directoras y docentes de Trabajo Social de todo el país. Nos dieron orden de desalojo, después de informarles y de percatarme que todas habían salido del recinto, tomé el carro y me perdí por muchas horas hasta acabar la gasolina; simplemente, no sabía dónde estaba. Días después me hice un examen neurológico y resultó negativo.

Desde muy chiquita oía comentarios familiares acerca del horror que se vivió con el asesinato de Gaitán. Esa noche de abril era la víspera del matrimonio de uno de mis tíos y como la mayoría de ellos estudiaba en el centro de Bogotá, no pudieron llegar temprano a la reunión de entrega de regalos que se acostumbraba en aquella época. La angustia del abuelo y mi mamá siempre se manifestaba en las conversaciones. Al día siguiente tuvieron que posponer la ceremonia, con la pérdida de todos los preparativos para la boda. También escuchaba que se habían perdido unas tierras heredadas cerca de Fusagasugá, que fueron invadidas por colonos y nadie de la familia estaba interesado en enfrentarse en ese conflicto entre liberales, conservadores y comunistas. Se hablaba de los enfrentamientos entre pájaros y chulavitas. En buena hora la ciudad brindaba oportunidades profesionales y culturales más atractivas. Es así como viví en el seno de una familia pacífica sin ambiciones de tierras y riquezas. Quizá la principal acumulación era la biblioteca del abuelo que luego fueron enriqueciendo los tíos y una tía.

Crecí escuchando que había violencia en el campo, un fenómeno lejano, en apariencia. Digo aparentemente, porque al indagar sobre la historia familiar supe de la vinculación de uno de mis bisabuelos a la Guerra de los Mil Días. De él se recuerda que era un hombre frío, solitario, hueraño, temeroso y con serias dificultades para entablar relaciones afectivas y asumir responsabilidades familiares. Durante la Guerra de los Mil Días caminó descalzo y sin comida por varios meses; luego abandonó sus seis hijos y nunca se volvió a saber de él. El impacto en su familia se dejó sentir en la carencia afectiva y en el bloqueo para expresar cariño. Esas costumbres se pasan de generación en generación. Según nos cuentan, la abuela tenía una personalidad recia, desde los catorce años quedó huérfana y asumió las

responsabilidades de la casa y el cuidado de sus hermanos menores. Curiosamente, los nudos que tenía para manifestar ternura es una preocupación compartida por la mayoría de nuestras primas.

Me vinculé con mi compañero al agro de una manera un tanto romántica añorando el canto de las aves, el concierto del agua, el aire puro y buscando combinar ocio y trabajo. Compramos una pequeña finca cafetera en un municipio ubicado en la montaña, bajando de la Sabana de Bogotá, compuesto por parcelas que no pasan de diez hectáreas, considerado uno de los más pobres del departamento de Cundinamarca. Sin embargo, nos brinda alimentos sanos: frijol, habichuela, arveja, plátanos, yuca, tomate, hierbas, frutas, pollos campesinos. Es un área poco poblada, la mayoría de sus habitantes son viejos y niños, pues la juventud se ha visto obligada a migrar en busca de oportunidades.

Durante dos décadas disfrutamos de la tranquilidad de la región, pero allí también llegó la enfermedad del conflicto armado. Inicialmente se manifestó por medio de una banda de atracadores del camino que actuaba en complicidad con la policía, buscaba dinero en efectivo y atropellaba por doquier.

Luego llegó la guerrilla, inició poniendo una bomba en un puesto de policía y acabó con la banda de delincuentes. También participaba en las jornadas de la Acción Comunal encargada del mantenimiento de los caminos y de los acueductos veredales; se dedicó a hacer justicia social y a intervenir como juez en las riñas vecinales. Cuando se ganó la confianza de los campesinos empezó a exigir la asistencia a las reuniones citadas por cuenta propia para dar órdenes, organizó turnos obligatorios para la vigilancia nocturna, exigió cuotas ineludibles en especie, como jeans de una marca especial, que después supimos que

eran de una fábrica de la mafia; y por supuesto, a reclutar a los jóvenes. Y allí, le pasó a las mujeres campesinas lo mismo que les sucede a las mujeres de los barrios periféricos de la ciudad que dedican todos sus esfuerzos e inteligencia en educar a los hijos, pero cuando llegan a los doce o catorce años se les escapan de las manos y encuentran entradas a diferentes bandos armados. Unos tienen que prestar el servicio militar obligatorio, pues el derecho de objeción de conciencia casi ni se conoce en el país; otros se vinculan a las pandillas juveniles, y otros son reclutados por los grupos armados o por las redes de las mafias. Muy pocos son los que logran continuar sus estudios para luego desempeñarse como fuerza laboral calificada.

Ante la encrucijada que planteaba la presencia armada en la región, unas mujeres comenzamos a citar reuniones para dialogar, exorcizar los miedos, o quizá, para fortalecernos e impedir la vinculación de los jóvenes a esas prácticas que emergían. Una joven nos comentó con lágrimas en los ojos del dolor que sentía en su seno, pues una noche tuvieron que esconderse debajo de un toldillo con la luz encendida para evitar que el avión fantasma les disparara, y el bebé que tenía en sus brazos la mordió tan fuerte, que le salió una llaga. Unas mujeres sabían tejer, otras, reciclar plásticos, otras cocinaban y otras hacían artesanías. Así aprendimos a tejer redes y a encontrar un refugio entre nosotras mismas. Pero es bien difícil escapar de las entrañas de la guerra. Una de las señoras tenía mucha preocupación porque a un hijo le estaban exigiendo la vinculación a la guerrilla. En una reunión le sugirieron que fuera donde el personero para que el joven prestara el servicio militar y así fue. Al cabo de unos años el joven retornó y nos contó que durante las noches oscuras y frías, cuando le tocaba vigilar una torre de energía, les daban pan con panela y pólvora para distraer el miedo y sacar energías. El impacto de tal emparedado se hizo

sentir en el sistema digestivo y tenía una úlcera incurable. Tal parece ser que el conflicto armado es un callejón sin salida.

Durante esa época surgieron en la región múltiples organizaciones e iniciativas ciudadanas, se formularon varios proyectos de desarrollo local y ambiental. Seguramente, la ciudadanía afloró para buscar alternativas distintas a la presencia armada, para mostrar que había otras alternativas y que se quería vivir de manera diferente. Los estudiosos de las Ciencias Sociales han llamado a esas prácticas “resistencia civil y neutralidad activa”. El pánico se convierte en acción social solidaria, en construcción de redes ciudadanas y en búsquedas conjuntas de crecimiento y desarrollo sin acudir al empleo de las armas.

Una tarde en la finca nos visitó un jefe guerrillero; debía ser uno de los fundadores, dada la edad y las barbas. Nos propuso entablar amistad. Lo primero que se nos ocurrió responderle fue: ¿Cuál amistad, acaso el muchacho que lo acompaña no lleva en ese costal un arma? ¿Acaso no estamos rodeados de muchachos armados por todas estas montañas? ¿Es posible la amistad a la fuerza? Nos respondió que tenían que defenderse. A renglón seguido nos dio el programa político y después de leer los doce puntos centrales (el mismo que leyeron en la inauguración de los diálogos del Caguán) referentes al agro, se nos vino a la cabeza interrogarle: ¿Qué proponen para la mayoría de la población que habita en las ciudades? Nos planteó que ese tema no era prioritario, que primero era preciso resolver el problema de las tierras. Le expusimos que nosotros preferíamos la neutralidad activa, por eso

trabajábamos con los vecinos en proyectos productivos, comerciales, ambientales y artesanales, pero que por ningún motivo nos interesaban el poder y los instrumentos bélicos. Que nos inclinábamos por las múltiples y variadas historias de las paces.

En otra ocasión, otro jefe que venía solicitando servicios se estuvo cuatro horas tratando de conquistarnos para su causa. La respuesta fue la misma y fuimos muy claros en plantearle que no siguiera demandando favores porque nos ponía en riesgo y no estábamos interesados en optar por esa vía. Insistimos en la neutralidad activa. En otro momento un vecino le respondió que con mucho gusto volviera una semana después para entregarle lo que pedía. Llamó al ejército y hubo un enfrentamiento violento donde murieron varias personas, entre ellas los arrendatarios de la finca, y la casa quedó incendiada.

Meses después se rumoreaba que el supuesto jefe guerrillero estaba haciendo espionaje en la zona y se marchó llevándose unos cuantos millones de pesos, fruto de la intervención de justicia que hacía entre los vecinos deudores y la información de los campesinos comprometidos y colaboradores de la guerrilla. A renglón seguido se dio un proceso de limpieza social selectiva, con prácticas sádicas y macabras, similares a las que se han descrito en los múltiples libros sobre la violencia que vivimos en Colombia.

Así es como reviviendo algunos episodios no sé cómo llegué a vieja. Tal vez por esos azares de la vida.